

El Cuerno Semanal



POR UNA COLETA...

GLORIA DE LA PRADA (MIMÓ)

Ayuntamiento de Madrid

**30 cénts.**



# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.--8 de Diciembre de 1911.--núm. 258

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

## COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR  
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-  
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

## AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

## Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



## REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifi-  
estaciones de tan general y molesta enfermedad. Su  
éxito es seguro; á la primera fricción atenua el dolor  
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-  
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

PEREZ MARTIN Y COMPANIA  
Alcalá, 9, Madrid

## Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-  
da durante muchos años) para corregir las alteracio-  
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras  
facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resis-  
ta á su poder. Recházese toda caja que no sea de  
esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín y Comp.ª, Alcalá, 9, Madrid

LEASE BIEN EL PROSPECTO

## Alhajas de ocasión

Compra y venta de toda clase de alhajas,  
ropas de invierno hechas y en corte, plate-  
ría, relojería, porcelanas, cuadros, alfom-  
bras, tapices, impermeables, gabanes, ropa  
blanca, paraguas, escopetas é infinitad de  
artículos de gusto

PEZ, NUMERO 11, TRIPLICADO  
(portada roja)

## PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las  
acredita desde hace más de 15 años como el mejor  
medicamento para la garganta, el más agradable de  
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen  
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y  
evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.ª  
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

## Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907; 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de 25 pesetas,  
lujosamente encuadernadas

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## DE LA COMEDIA DEL AMOR

Ayuntamiento de Madrid POR J. ORTIZ DE PINEDO



# POR UNA COLETA...

*A mi hermano Virgilio*

## VIEJAS HISTORIAS

Solamente por fuera  
las cosas cambian...  
por dentro no envejecen  
nunca las almas.

### I

Detuvo el paso la gentil mocita y quedó en místico recogimiento, mientras en el aire vibraba el melancólico campaneó de la oración de la tarde, soñadora leyenda de una virgen y un ángel. Perdióse al fin la musical armonía de la Giralda en el espacio. Reanudó ella sú interrumpida marcha, erguida la rizada cabeza, que peinada en raya daba paso á una divina cara de color trigüeño limpio y puro, como el de la Virgen de la Alegría, que en San Bartolomé se venera y cuyo nombre llevaba. Cruzó por la Campana, recogiendo al paso el piropeo de sus paisanos, de reñidos trajes y ardientes ojos.—¡Olé, las niñas marchando con gracia! Y más allá: Es usted la mujer más bonita que se ha fabricado. Y que esto se lo dice á usted un trianero. Y otro:—Me tiene más loco que un trompo... ¡Negra!

—Dejarla ya, hombre... Pues no es fuerte cosa el ser mujer en esta tierra.

Quien así hablaba era un viejo de enjuto cuerpo y de afeitado rostro, que salió de una freiduría con un cucurucho de pescado frito en la mano.

—Oiga, señó Juan Luis, ¿está usted enamorado de la chiquiia?—dijo uno de los del alegre grupo.

—¡Quita ayá, hombre! No tengo yo dientes pa esa fruta. Es que la conozco asina, desde que era como una maja de mortero, y á su abue-

la, la señá Pastora, la del huerto del Naranjo. ¡Esa sí que fué una gran mujer!—dijo el viejo en un ponderativo fruncir de labios—. Con unos ojos negros que miraban al sol de frente, de poder á poder. Y ya veís, hoy no es na. ¡Los años, hijos, los años!—dijo suspirando melancólico—. Ya lo dijo la copla:

Era yo pinito verde  
y la gente me buscaba,  
y ahora que estoy sequito  
¡ni el sol calienta mis ramas!

—Luisillo, el Marchoso, me llamaban en mis tiempos, y ahora... apenas si puedo andar.

—Y diga, señó Juan Luis, ¿es verdá que por esa época andaba usted enamorado de la señá Pastora?

—¡Quién se acuerda ya de historia tan vieja, muchacho! No pensábais nacer ninguno. Yo la quise siempre; puse en ella tal querer, que hasta mi pobrecita madre tuvo celos; pero ella no vió en mí nunca más que un hermano. Se encaprichó con Pepe el del Huerto y casó con él. Yo pedí entonces voluntario y me fuí á servir al rey; pasó mucho tiempo, mucho; cuando volví por acá, estaba too muy cambiado. Mi hermano, viudo, mi sobrinillo Luis, con cinco años, y más granujería que hoy... Y la que nunca fué mi Pastora, más que pa mi alma, con el luto, que nunca se quitó, de su marido, y consolando á su hija Rosa por la reciente pérdida del suyo. Embarazada quedó ésta, y con el repique de la Virgen de la Alegría nació la chiquilla, y por esto lleva ese nombre, aunque su venida al mundo costó la vida á la pobre Rosa. Quedó Pastora



con más penas y más lutos; vestí yo su luto y olvidé mis penas por aliviar las suyas; reanudamos las amistades, rotas por su boda, y puse toda mi alma en aquellos dos seres, y si no logré el amor de Pastora, tuve, al menos, todo el cariño de su nieta y toda la estimación de ella.

—Y diga, señor Juan Luis, ¿por qué no se casaron ustedes?

—¡Porque Pastora no quiso nunca faltar á Pepe ni aun difunto!

—¿Y usted por qué no se casó con otra?— dijo uno del grupo.

—¡Tú que sabes de estas cosas, muchacho! ¡Si parece que ahora el querer es un juego! En mi tiempo había más hombría de bien, los hombres queríamos más y mejor, y las mujeres se daban más á valer. ¡Así anda too hoy en día! Además, por aquel entonces le dió á mi hermano la ventolera de irse pa América y me dejó encomendao el chiquillo, y no era cosa de que mi sobrino quedase sin calor de nadie, y que yo, por meter á una extraña en casa, lo desatendiese y le faltaran los panderos por la Primavera, como á los otros chicos. En fin, hijos, me voy pa casa—dijo volviendo á la realidad del vivir—. Ya va siendo la hora de la comida y los viejos no podemos trastornar las cosas.

Se alejó del grupo, que le despidió con cariñosas bromas.

En el intenso añil del cielo sevillano, el encendido gas del alumbrado parecían manchas blancas y luminosas.

Iba el señor Juan Luis aspirando á pleno pulmón el divino atardecer sevillano, mientras en su memoria aparecían sus tiempos de mozo; en que era para él más puro el ambiente, más verdes los campos, y el aroma del azahar haciale palpar la sangre en las venas en reclamo de amores, inútil ya ante su cuerpo viejo...

Su conocimiento con Pastora, la abuela de Alegría; los ojos de aquella mujer que rompió su vida al consagrarla toda entera, mientras ella suspiraba por otro... ¡Malditísima condición esta que nos hace soñar con los besos de los desdeñosos labios! Y aún suspiraban los suyos, arrugados en la actualidad, al pensar en su ayer..., en que vivía la *querida imagen*, llenándolo todo, á la que ni aun ahora, *vieja ya*, dejaba de consagrar su vida y su tiempo, á la que aún adoraba en el fondo de su alma, consagrada en reliquia de sus ideales.

Atravesaba en su tardo andar calles y plazas, viéndolo todo igual que estuvo siempre: los edificios, las torres de las iglesias, recortábanse sobre el azul oscuro del cielo, tachonado de plata por las estrellas. ¡Qué igual todo y qué distinto en él, y, sin embargo, eran las mismas piedras que pisaron sus pies cuando se contoneaba, airoso, su cuerpo joven, dando pretexto para que le llamasen Luisillo el marchoso las mocitas de su barrio.

Y aun se complacía en recordar el cómo crucian á su paso las discretas celestias, donde

unos ojos de mujer dejábanse ver cuando él, caballero en su jaca torda, ceñido el esbeltísimo talle con su faja de colores, con los pintorescos botines ajustando su fina pierna, erguía-se orgulloso, apoyándose en el ancho estribo de madera. Aún se usaba en su tiempo el sombrero calañés, que, echado sobre los ojos, daba á éstos la sombra del legendario turbante de sus abuelos los árabes.

Y ¡cómo gozaba él al hacer rebujir la jaca para que luciera toda su fina gallardía al sacar chispas con los cascotes de las piedras de la calle y resoplando fuego por sus dilatadas narices!

Veíase luego camino de Mairena, por los baños de Carmona adelante, entre aquel vibrante y pintoresco tropel que, como dice un antiguo romance andaluz,

«Allí donde las mujeres,  
ya rubias ó ya morenas,  
tienen más fuego en los ojos  
que el sol tiene y las estrellas.

.....  
Donde un guardapiés airoso  
levanta más polvareda  
que un escuadrón de á caballo  
y una descarga de á ochenta.

.....  
Allí iba también él, ignorante, acaso, del romance; pero sabedor de que iban buenas hembras y de que había buen vino. Y allí fué en donde vió á Pastora, á las zancas del que luego fué su marido, entre un alegre grupo... Y á muerto resonaron en su corazón las pisadas de la cabalgadura que se llevaba la feliz pareja.

—¡Cuánto tiempo, Dios santo, de entonces acá!—pensaba el pobre señor Juan Luis, volviendo á realidades—. ¡Qué distinto el de este condena Luisillo, que tantas penas causaba á todos, y á la pobre Alegría, que no cometió más delito que quererle con toda el alma!

Atravesaba la Alameda vieja, y de los puestos de agua salían risas y cantares; á melancolía sonaban las coplas que hasta él llegaban... siempre en quejas de amores ó de celos.

Una llegó con una agria protesta de la mujer perdida:

Me estás contando el dinero,  
y ni así puedo tenerte...  
grandísimo...

.....  
Aceleró el paso para no oír la canalla frase, desgarrante siempre en boca de mujer. Puso en sus labios el nombre de Alegría como una oración, pensando con espanto en el inseguro porvenir de toda mujer, y doliéndole el alma, buena y noble, de ver la pena ajena.





## EL HUERTO DEL NARANJO

¿Dónde estás que no te encuentro!  
Paso la vida penando...  
y tú la pasas riendo.

### II

—¡Alegríaaaa!...

—¡Allá va, abuelaaa!...

Y por bajo los frutales apareció la esbelta figura de la chiquilla con los brazos arremangados, recogiendo el delantal, lleno de flores, y se encaminó á donde sonó la voz que la llamaba, dejando al paso su perfumada carga en el rústico mostrador de madera, en donde varios jarros de la popular loza de Triana rebosaban la frescura del agua, recientemente sacada del pozo, en espera de las flores.

En el incomparable azul del cielo iban apareciendo las estrellas como broches de plata; era la hora en que los jazmines y los dompedros abren sus corolas y dan al viento el perfume de sus entrañas. Claros y divinos atardeceres de Junio, en que el cielo se cuaja de pájaros y el alma de melancolía.

Apareció á poco, dirigiéndose al mostrador en que Alegría dejaba las flores, una pulcrísima anciana que vestía un oscuro traje de coco y un negro pañuelo de seda tapando el *monillo*, y alrededor del cuello. Era la abuela de Alegría;

los ojos, que en tiempos miraron al sol de poder á poder (como decía el señor Juan Luis), estaban ahora tras el cristal de unas gafas cuyos dorados alambres se enganchaban en las orejas, sobre las que recogía el entrecano cabello en los clásicos rizados; su cara, de plácido abandono, denotaba ser sabedora de asuntos de corazón, ¡amarga ciencia, cuyo curso es la vida!

Empezó á trajinar en los lebrillos y canastos, llenos de verdura, mientras las ágiles manos de Alegría arreglaban en los jarros del mostrador



los ramos y las flores para el mercado del día siguiente. Siguiéron en la diaria faena las dos mujeres. Se dedicaba la abuela, con una navajilla en las avellanadas manos, al arreglo de la hortaliza mientras Alegría preparaba las flores. Y era de ver la buena maña que se daba la señá Pastora preparando á las lechugas, como á mocita para fiesta, presumida y cuidadosa del bien parecer. Componían sus expertas manos los verdes tonos de los lechuguinos con el rojo de los tomates enfestonados, y los apretados manojos de blancas cebolletas, rematados en blanquísima y áspera cabellera, coronando el lebrillo de apetitosa frescura. Alegría daba remate de los jarros y de las perfumadas biznagas de acapullados jazmines. Los vistosos ramos, en cinturones de albahacas y hierbaluisa, lucían la musgosa rosa de color y la blanca rosa de ensueño; los lirios, con su místico encanto de flor de altares, en unión de sus puras hermanas las azucenas; los pequeños ramitos de diamelas, alborotándolo todo con su olor, entre jazmín y nardo; los claveles, símbolo de la raza, rojos, como crujientes besos, evocadores de locas pasiones, de arenas... borrachas de sangre y sol. Sonrió tristemente la mocita; los claveles despertaron en su alma el recuerdo de pesadilla; los toros, los malditos toros, su Luisillo de su vida empeñado en ser torero, y ella empeñada, á su vez, en negarle su cariño mientras no dejase él aquel antojo en que exponía su cuerpo, su airoso cuerpo, del que ella quería ser reina, al entretenimiento de un público ciego de alma, que sacrifica hombres y fieras bajo las caricias del padre Sol. Se imaginaba ella la sangre de su Luis corriendo por su pálido cuerpo (de moderno Cristo), empapando la arena de la tétrica plaza, ante un gentío frenético, ansioso de sensaciones brutales, que no comprendías que el desgarró de la carne de él lo era del alma de ella... Pasó la agonía por sus profundos ojos.

—¡Válganos Dios, mujer; ya estamos con los suspiros!—dijo, levantándose de sobre el alegre verde de las lechugas, la señá Pastora—. Siempre los hombres causándonos penas y amargándonos los mejores años de la vida. ¿Viste á Luis?

—No, abuela, ¿para qué? Ya se lo dije á él la última noche que hablamos; ó los toros ó yo. Que deje esa manía si me quiere tanto como él dice. Yo no he de ser en mi vida mujer de un hombre que me tenga en un ¡ay! Se lo he pedío y reapedío mil veces por buenas, estos sitios son testigos de mis súplicas... y na, que había de ser lo que él quisiera; pues que me deje en paz, que no vuelva, más ancha. Muchas hay que se vuelven locas por los toreros, y con tal de tener en su palco el capote de paseo y que las brinden el toro, las ciega la vanidad y no les importa la vida de un hombre... que dicen querer... Pues bien, que se quede con esas. Yo tengo con mis flores, con mi huerto y con mis arezas, como

él las llama, bastante, y créame usted, abuela, que si más lo siento es por su tío, por el pobre señó Juan Luis, al que está quitando la vida.

—¡Válgame Dios! Y lo triste es que tienes razón; pero ¿por qué le habrá dao á ese chiquillo esa manía si su tío le ha criado sin ir á los toros y él se pasaba las tardes de corrida charlando con nosotros, mientras tu abuelo (que de Dios goce) ni aun venía á pelar la pava por irse á la plaza? No sé de quién ha sacao Luis esa afición; pero siempre se quejó Juan Luis de esa manía del chiquillo, que desde que levantaba un palmo del suelo andaba jugando á los toros. Se le pasó la idea con tu cariño, y por fin le dió otra vez, más fuerte que nunca.

—¡Penas al aire, abuela—dijo Alegría haciendo un mohín con los labios—; voy por la silla del señó Juan Luis, que no tardará en llegar; ese sí que no falta, pase lo que pase, y aunque caigan chuzos.

Y se fué para el interior de la casa cantando bajito:

Te estoy brindando la paz,  
y tú, loquito perdío,  
no la sabes apreciar...

Suspiró, oyéndola, su abuela; ¡pobre Alegría! y que repoquísima suerte la suya. Costó su nacimiento la vida á su madre; murió su María, encomendándola su hija, y esta hija, dos veces suya, suspiraba y no era feliz, y ella, su abuela, no podía hacer nada para remediar sus males.

Del fondo de la casa salió otra vez la voz dulce en amarga queja:

¡Diera el alma por borrar  
el recuerdo de tus ojos  
y el recuerdo de tu hablar!...

No adivino á dónde vas;  
pero sé que vas perdiendo  
un cariño de verdad.

—¡Buenas noches, Pastora!  
—¡Dios te guarde, Juan Luis!  
—¡Mira que es pena que esos chicos se empeñen en hacer el tonto y en jugar con el querer!

—Mi pobrecita Alegría disimula por no darme penas. ¡Canta; pero en su voz no hay risas, ni en su pelo hay flores!...

—Ya la escuché al llegar, y esta tarde la vi cruzar por la Campana despertando á su paso un revuelo en los hombres... ¡Más bonita que la Virgen! Mira que es loco mi Luisillo; el maldito genio voluntarioso de su padre.

Interrumpió el diálogo la voz de Alegría en ese dulce trino precursor de la copla:



A mí me da el corazón  
que has de volver á decirme  
que me quieres más que á Dios.

Y variando de tono, salió de su garganta el apasionado cante gitano entre suspiros de amor, lento..., ardiente, con ronqueras de pasión... y gritos de placer, con toda la gama del celo humano, de un más desgarrado ¡ay!... salió la copla... limpia como cascada de plata:

Suspiros me cuestas,  
penitas me das...  
¡qué solito y qué grande es el mundo...  
donde tú no estás...!

Murió la voz en el aire, y apareció en el marco de la puerta Alegría con una silla en las manos.

—Hola, abuelo, saludó risueña; aquí tiene usted su asiento.

—¡Buenas noches, niña; ya escuché tu canto; Dios te bendiga y al ruiseñor que tiene en la garganta!

—¡Para usted todo lo mío es bonito; lástima grande que no sean todos del mismo modo de pensar!

—Pues mira tú, Alegría, más pierde el que no piense así, porque, ¿á dónde irá que más valga?

—¡Ay, abuelo! Es usted muy bueno para mí, y todo lo mío le parece lo más bonito; pero es claro, me conoce usted desde que nací, y como a nieta me quiere, y si no de sangre, de corazón lo soy; no, y por usted no quedó el que lo hubiera sido de verdad... ¿Eh, abuela? Vamos, cuénteme usted cómo era el señor Juan Luis de mozo.

Siguieron la plácida charla, tratando todos de engañarse, aparentando contento; hasta ellos llegaban los ruidos de la población y el acompasado andar de los que vienen de recogida.

Se marchó el señor Juan Luis á las diez, como siempre, y se quedó Alegría cerrando la puerta de la calle, y atrancando la del huerto se despidió de su abuela, que se marchaba con la luz á su cuarto, que daba al interior de la casa, y se fué ella al suyo, que estaba dentro de la sala, y tenía, como ésta, reja á la calle. Cerró la puerta al entrar y se encaminó á tientas á la cómoda, en que tenía los fósforos y el quinqué; encendió éste, que era de los de porcelana, con blanca pantalla y rameado pie; apareció la salita en todo su pulcro aseó; las sillas de anea y caoba, alineadas alrededor de las enjalbegadas paredes, en las que ni el más pequeño caliche interrumpía la blancura de la cal; el sofá frente á la cómoda, y sobre ésta, y en medio, un fanal con una virgen de los Dolores,

cuyo pelo lo fué de la madre de Alegría, cortado á aquélla cuando era niña.

Adornaban y daban guardia de honor á la Dolorosa dos floreros con chillonas flores de trapo, y al pie del fanal una cajita incrustada de conchitas y caracoles de mar; llenaban los demás huecos retratos con marcos de metal calados, con antiguos parientes, en raros trajes de pasadas modas.

Encima de la cómoda un ovalado espejo con marco de caoba, como el sofá y las sillas, y por las paredes más retratos y algunas litografías con Vírgenes de añiados rostros y Nazarenos de moradas túnicas, una estera de junco en el piso y blancas cortinas recogidas á los lados en los huecos de ventanas y puertas.

Cruzó Alegría sin mirar nada de esto, tan familiar para ella, y entró en su cuarto; la luz que dejó en la cómoda daba una semiclaridad á éste.

Se veía la cama de hierro con colcha blanca á un extremo, varias sillas distribuidas, por la comodidad, al pie de la cama, y delante de una mesita un espejo que servía de tocador; un vaso con flores frescas sobre éste, algunos más objetos que no se distinguían bien, un palanganero de hierro con dos blanquísimas toallas; al otro extremo una perchita cubierta por rameada cretona, y un cuadro de santo, que no permitía la escasa luz saber cuál, encima de la cama.

Se dirigió Alegría á la ventana, y con el jarro del palanganero regó las macetas que á los lados de la reja tenía; los redondos *reniculos* lucían el rojo de sus flores, alumbrados por el gas de la calle, y al otro lado una dama de noche aturdía con un penetrante perfume el cuarto de su dueña.

Se acodó Alegría á la ventana y quedó abstraída; pensaba, sentía... y soñaba...; la tranquilidad de la calle (que desembocaba en la plaza de San Lorenzo por la izquierda y en la Gavidia por la derecha) no turbaba las amarguras de su alma. La hora, el sitio, la luz... todo la preguntaban por Luis... ¡Sólo él faltaba! Todo en igual estado, con esa tranquilidad de las cosas ajenas á nuestras penas y á nuestras alegrías. Suspiran sus labios un nombre: Luis... Luis... ¡Maldita condición la nuestra, la de no mandar en el sentimiento!...

Tormento grande siendo mujer, pues no podemos, como los hombres, celar, suplicar y procurar ver al que en nuestro corazón vive. Tormento grande el de suponerlo todo y no poder, como ellos, verlo por nuestros ojos é impedirlo con todas nuestras fuerzas; el ridículo nos ata; lo que en ellos es apasionamiento, que los convierte en héroes, y en la mayoría de los casos gana nuestro corazón, en nosotras es imposible, pues en amar no se nos concede más que una parte pasiva y todo impulso nos desprestigia aún para el mismo por que se siente. Todo esto lo comprendía tristemente ella, y por esto suspiraba en la imposibilidad de dar un paso que á



Luis le acercara sin desprestigiarse ó venderse. Luis..., pegábase aquel nombre á sus labios y á su alma. ¿Dónde estarían? ¿Cómo en aquella hora, tantas veces bendita por él, pues era la del amor, sin más testigos que las estrellas..., la podía pasar en otro sitio? ¿Cómo no estaba ella esperándole como tantas veces? Divinas esperas en que su corazón distinguía los pasos de él de todos otros pasos... ¡Dios

¿O es que los hombres sueñan sólo en lo que no tienen y dan valor á lo que no es suyo? Claro que tuvo ella la culpa por no quererle torero.

Pero, ¿qué cariño era el de él, que ante una tan lógica súplica, que debía envanecerle por sentirse muy querido, la dejaba?

Asustábala también el inmediato peligro de Luis: ¿Torearía pronto? Imposible impedir esto;



mío! ¿Pero era posible que la olvidase, era posible dar tal asiento de verdad á la mentira..., ó era él engañado también por la situación y el momento?

Ganas la dieron de dejar á cualquiera de los que la asediaban que viniesen una noche á la reja. ¿Tendría el deseo, las mismas frases y los mismos ojos... que el amor? ¿Pero cómo hacer esto si no podía apartar de su alma sus gestos, sus ojos, su boca... todo él? ¿Cómo resistir sin materiales náuseas á otra cara que no fuese la suya, ni á otro hombre que no fuese él? Sonaban siempre en sus oídos sus frases, que inolvidables, roncadas en fiebre de amor... Imposible vivir sin los besos de aquellos incomparables labios... y sacudida nerviosa corría su fino cuerpo, y la angustia y la rabia hacían nudo en su garganta.

¿Por qué, por qué, Virgen mía, no estás conmigo? ¿Por qué si los hombres me cercan y me desean... es él el único que puede venir y no viene? ¿Es que no le importan ya mis ojos, ni mi cuerpo? ¿No vale nada para él?

su tío fiaba en ella y ella no podía hacer nada.

¡Oh, tiempos de amor y calma, cómo torturabais su alma; noches en que corrían las horas con los ojos, en los ojos... y las manos de él sobre las de ella, incrustándola en las palmas los hierros de la reja; los breves ¿me quieres? contestados con un ardiente, ¡más que á Dios!... La brusca vuelta á la realidad, producida por los pasos inoportunos de alguno que pasaba; envidiándolos, como él decía!

¡Cómo se complacía ella en recordar estas cosas que ahora la hacían daño! Las dulces horas de la tarde, en que mientras arreglaba las flores y su abuela trajinaba por el huerto, cogía Luis la guitarra para regalar su oído y su corazón. Los cantares de él, reveladores de su estado de ánimo, los apasionados, los locos, aquel que le valió el primer beso.

¡Te quiero más que á mi madre, por que no hay nada en el mundo que con mi querer se iguale!...

Ayuntamiento de Madrid



Los otros, de cuando ella se gozaba en deses-  
perarle, los que hacían sonreír á los labios y en  
los que Luisillo ponía toda la granjería de sus  
ojos y todo el pícaro encanto de su gesto.

Volviéronla á la realidad los pasos de alguno  
que venía de recogida, quizá el mismo que tan-  
tas veces la hizo soltar las manos de las de él.

Cerró la ventana y empezó á desnudarse lenta



Qué fatiguita es estar  
tan cerquita de la dicha,  
¡y... no poderla alcanzar...!

Contestábale ella en ese mismo alegre tono é  
igual gracejo:

No suspires por la dicha;  
¡si sabes que es para ti,  
qué te importa la medida...!

Terminaba todo esto azotándole ella la cara  
con alguna flor que él guardaba como trofeo de  
victoria.

y triste. Sus manos, sin besos, fueron trenzan-  
los cabellos... sus labios, sin besos también,  
apagaron la luz.

Soñaba, y su sueño la trastrocaba del tris-  
te presente al venturoso ayer de sus amores, el  
amanecer de su alma de niña en mujer.

Se veía ella misma más chica de cuerpo, con  
los alborotados rizos al viento medio recogidos  
y su airoso cuerpo como fruto que empieza á  
madurar. Y en aquel claro sueño de su ayer  
pasaba todo como en su vida pasó. Estaba ella  
en la azotea de su casa, fué por unos esquejes  
de claveles para una amiga. Se entretuvo mi-  
rando volar los pájaros; estaba triste, con una  
tristeza dulce y extraña, por la primera vez de  
su vida. Sentía que la faltaba algo; olvidóse



de los esquejes, y quedó abstraída en sí, mirando sin ver la Giralda, que se recortaba sobre el añil del cielo, dominando á todas las otras torres. Sentía la necesidad del llanto. Ganas vivo de correr en busca de su abuela, y la contrajo el miedo de parecer loca y chiquilla, y, sin embargo, la tensión de su alma hacíala sufrir físicamente.

Aún se hallaba tirada junto al cajón de la hierbabuena su última muñeca, con un pie metido en un charco y las narices desquiciadas y ennegrecidas de rodar por el suelo... ¡Pero su ama no se ocupaba gran cosa de estos destrozos, que poca cosa es una muñeca para una mujer, y una muñeca estropeada ya menos aún! Alegría reparó al fin en ella, y la separó con el pie del charco de agua...

Aún no ha mucho la cubría de besos; bien valía el caritativo empuje que del pie de su ama recibía para mejora de su suerte!

Una risa aguda y nerviosa la atrajo á mirar por entre las macetas de la baranda que daba á la calle. La escena era en una casa de enfrente, en el interior de uno de los miradores, entre una vecina casada ha poco y su marido. Cosía aquélla y trataba de defender su cesto de costura; acosábala él á besos en los rubios cabellos, que hacíanla soltar las risas que Alegría oyera. Trataba la rubia mujer de defenderse sin soltar el cesto de la ropa que retenía en sus manos.

Seguía Alegría, con el corazón palpitante, la escena como el que hace un crimen al mirar y sin dejar de tener vida más que para ver; sufría positivamente, agolpábase el llanto en sus ojos purísimos...; la vida le parecía una lucha de acoso cruel para la mujer, aun cuando aquella mujer rubia se reía, con risa que la daba miedo y sonrojos... Rodó el resto de la costura, y se perdió al fondo de la vecina casa la aguda risa...

Sus lágrimas se deslizaban por su pálido rostro, y su corazón palpitaba. La presión de unas manos, que quitaban las suyas de la baranda, la hizo volver la cara: Luis—gritaron sus labios—. No el Luis de ahora, sino el Luis de diez y siete años aparecía en su sueño. Y seguía la dulce visión del pasado en la dormida cabeza de la triste Alegría.

Luis, que la cogía las manos, llamándola *tonta*, al hacerse cargo, por llegar á tiempo de ver la causa del susto de su amiguita, por *aquello* que á él hacía reír y á ella bajar los ojos.

—¡No te rías, por Dios!—clamó ella.

—¿Por qué?—la dijo él, con una expresión en los entornados ojos que no le vio nunca ella.

—Tengo miedo. ¡Déjame, Luis!

—No. Si esto era preciso que fuera un día ú otro; si tú te empeñabas en ser niña sin serlo, y esto me martirizaba á mí, que te quiero hace ya mucho tiempo, y que no encontraba el modo de decírtelo por temor á que prefirieses tus muñecas á mí. ¿Ves? Tiemblan tus manos, y están frías... Te asustaron *esos*, pobrecita de

mi alma; *esos*... se quieren, y ya me querrás tú así con el tiempo; pero no tiembles, mírame á los ojos; así. ¿Ves en ellos algo que te asuste? ¿No soy tu amigo de siempre? ¿No me quieres...?

La voz tenía tonos distintos de los de costumbre. Sintió Alegría una divina sensación que la hizo apoyar la cabeza en el pecho de él y llorar mientras él la consolaba con caricias de hermano, haciéndola borrar de su alma, que se despertaba á la vida, lo agrio de la pasión...

Dejémosla soñar con las dulzuras del ayer, la que encontrará al despertar el triste desengaño del presente.

### DEL ARROYO

Todos nacen siendo buenos;  
pero la maldita vida  
en malos los va volviendo.

### III

—¡Ay... ay... ay; me está jaciendo falta un peine! ¡Ay...!

—¡Aurora, hija; ya tienes ahí á ese gachó del arpa!

—¿Sí? Pues como se acerque, verás; le voy á mandá á una barbería pa ver si encuentra el pajolero peine y cambia de estribillo.

—¡Buenas noches, niñas!

—¡Oiga usted, encanto; estoy pidiendo á Dios que le deje á usted la cabeza más pelá que una noche de Enero pa que cambie usted de tonadilla, hijo!

—Pero ¿ves tú que resalá es esta Aurorilla?

—¡Pues lo que es usted á ella no le jase tanta gracia!

—Eso puede que tú te lo figures, ¿verdad, Aurorilla?

—¡Estése usted quieto, hombre; que á los puestos de agua se viene á refrescá, y por ese camino va usted á tomá una irritación que ni que hubiera usted tomao una sosina!

—¡Quédate con Dios, mujer, que ya te dejo; y que El te dé más suerte que á mí para que parezca ese... peine!

—Pero ¿has visto tú qué mala pata, mujer? To Cristo se ha de enterar de lo que no le importa.

—¡Tú te tienes la culpa, mujer, con ese genio que has echao; y es que parece que quieres dar dos cuartos al pregonero y que hasta los mosquitos se enteren! Ya ves tú lo que yo hago: va pa dos semanas que no veo á *ese*, y tan fresca; á los hombres no hay que atosigarlos... Y después de to, ¿qué finca has perdido con Luis?

—¡No, si no dejás de tener razón; si lo sé; si yo pensé así siempre; si ningún hombre me quitó el sueño. Va pa dos años que estamos juntos en el mismo puesto, y nunca me habrás visto así, y es que no sé qué tiene esa criatura,

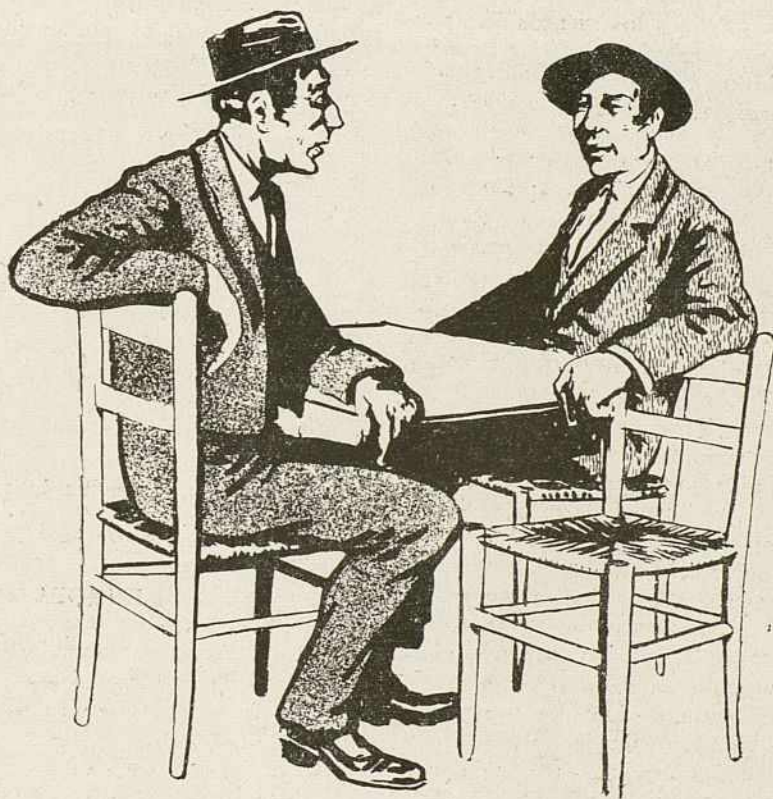


pero como pasen dos días sin que venga á mí, estoy que no doy pie con bola!

—Porque aún eres muy chiquilla y los tomas en serio á los hombres. A ese Luis no lo debemos tomar nosotras más que como un abanico cuando hace calor: te soplas un rato y luego lo tiras, y que lo coja quien quiera.

—¡Sí, tienes razón, Lolilla; pero lo que es

desenmascarada vida no les obligaba á ocultar. Sentadas al filo del aguaducho, y cuidadosas de no apoyar la cabeza en nada, no se descompusiese el historiado peinado, y despachando de cuando en cuando algún vaso de refresco á alguna que otra muchacha ó chicuelo que detenían su marcha para beber el aromático vaso de corteza de cidra.



con ese no le va la cuenta bien á nadie, ni á mí, que soy de una manera, ni á Alegría, la del huerto, que es de otra! ¿Viste al señor Juan Luis, cuando pasó esta noche, qué mustio iba? Pues te aseguro yo que es por esa alhaja, que desde que anda con lo del toreo Dios no lo sufre.

Se sostenía este diálogo en la alameda de Hércules, en el puesto de agua de Aurora, entre ésta y su compañera Lola, puestas allí de cebo para atraer parroquia, y en una hora de tregua para las dos por ser las de la prima noche, cuando los hombres se retiran á sus casas á comer y las calles están en un paréntesis de abandono, como todos los sitios que viven del hombre cuando es la hora en que el hogar impera; en que cesa el chicoleo para dar paso á la familia. El efímero buscador de aventuras es hijo, es padre, es hermano.

El arroyo queda triste, y los que en él viven bostezan su fastidio de cosas inútiles... de vidas truncadas, cuyo pueril encanto es de ocasión, de momento, y depende del buen talante y la holganza ajena...

Por esto, Aurora y Dolores distraían su tedio en frívolo conversar de íntimas cosas que en su

—Oye tú, Lola, ¿te trajo ese por fin la parleta del pañuelo?

—¡Sí, ya va caminito; me parece á mí que se ha convertido en manzanilla!

—¡Pues, hija, eso sí que no lo conseguiría de mí ninguno; ni Luis!

—¡No, si ya es la última; no creas!

—Y di tú, ¿por qué no le haces cara á ese Don Jinojo, que no sé como se llama, que viene aquí todas las noches y te da dos pesetas de propina?

—¿Don Sesáreo?

—Sí.

—Pero si tiene más trampas que años; y mira tú que me parece que la primera jumera la tomó con Noé.

—¡Pues yo le creía rico!

—¡Y yo también, al principio; pero me dijo que no, y lo supe de muy buena tinta!

—¡Ya tenemos otra vez al del peine; ya acabó de cenar!

Se irguió Aurora, esbeltísima; se estiró el delantalillo rosa, lleno de encajes, y arreglándose un poco el pelo cogió luego un paño y se puso á limpiar las mesas, quebrando el talle y luciendo todo el esplendor de sus caderas y los



menudos pies bajo el vuelo de la falda. Cantó en corralero desgarro, como la que hace mercancía del buen humor:

Arza y toma, que tengo un morrongo...

—¿En dónde, hija?

—¡En tu casa, tal vez!

—¡Ay, qué gusto! ¡Hola, Dolores!

—Adiós, Pablo. ¡Felices los vientos que por aquí te traen!

—¿Falto yo alguna vez en donde hay caras bonitas—dijo, tirando el sombrero sobre una silla y sentándose en otra.

—¡Eso depende de las circunstancias!

—Pero cállate ya, morenucha; si sabes tú que me traes loco perdío. Oye, Aurora, por allá abajo viene Juanito; ánimo con él, que es más alegre que unos palillos en feria, y á ti te está haciendo falta alegrar el ánimo.

—¡Ca, hombre; si estoy más alegre que unas Pascuas. ¿No me oíste cantar cuando venías?

—Buenas noches, chiquillas.

—¡Adiós, Juanito; Dios te guarde! Aquí tienes á ésta, que está suspirando por ti.

—¿De veras, niña? Mira que me lo voy á creer, y no sabes tú lo empalagoso que soy queriendo.

—Oye, Lola, no le echas á éste azúcar en el refresco, porque no va á haber quien lo aguante.

—¿Sabéis la novedad?—dijo Juanito, sentándose y encendiendo un cigarro á toda calma, como el que goza de hacerse esperar—. Pues que anoche anduve de juerga.

—Que repiquen las campanas por la novedad.

—¡Si es que no me dejáis concluir, criaturas! Anoche estuve de juerga, y oí la copla del peine, enterita y completa, como la parió su madre, á Manolillo Pamplinas. Conque ¿es ó no es novedad?

—¡Camará, hijo; qué peso me quitas del corazón! Estoy deseando que pase mañana pa enseñársela en seguía á ese...

—¡Qué suerte tienen algunos hombres!...

—No seas asaúra, Pablito, y lárgala ya.

—¡Ay... ay...!

—Oye tú, niño, suprime el lamento, que ya le sabemos de memoria.

—Pues oíd:

A mí me hace un falta un peine  
para quitarme unas... cosas...  
que no deben de tenerse.

Y siguió una explosión de risas y palmas; que para muchos la vida es una cosa inútil que debe pasarse entre todos los grandes y trascendentales problemas que estamos viendo. Una copa aquí, una risa allá y una flor más luego. ¡Divina puerilidad de los pueblos meri-

dionales, en donde el chiste impera y el ser gracioso es preciso; en donde el pueblo oculta lo mucho bueno de corazón que tiene y se empeña en presentar su más efímera forma!

Cruzó el señor Juan Luis camino del Huerto del Naranjo, como todas las noches de su vida, con la dulce melancolía que dan los años, mirando al aguaducho de Aurora como en busca de algo. Se tranquilizó su cara al no verlo que temía encontrar, y dió un suspiro de satisfacción, como el que se quita un peso del alma.

La noche envolvía en perfumes la vida, acariciando la noble frente del viejo. Sevilla resplandecía como ciudad de encanto, como ciudad de maravilla, en que vivir es grato; ¡porque no sólo hay, como muchos suponen, flores, vinos y mujeres... aunque en estas tres cosas sea la reina, sino abnegación en los corazones, vehemencia para todos los caríños, desprendimiento de la vida, porque es la patria de los toreros; culto al arte, porque es la tierra del sol y los pintores, y amor á las tradiciones en el alma de sus poetas... que viven para cantar la leyenda de sus alcázares y el místico encanto de su Semana Santa.

La ciudad luz, piensa; la ciudad de todas las risas, siente.

## EUROPA

Una cosa es que la quiera  
y otra cosa es que me prive  
de hacer lo que me convenga.

### IV

—¡Oye tú, Paco! A mí ni esa, *ni san esa*, me hacen desistir de una palabra, ni me hacen que haga lo que no me da la gana, conque, ¡no gastes guasitas... no tengamos la fiesta!

—¡Pues, no te atufas tú poco pronto, camará! Si no es guasa, si te lo dije en serio, si á mí me quisiera una chiquilla como Alegría, no barrería pa fuera su querer, como tú haces; se puede cansar y echarse otro novio y tomarle ley, y entonces vas tú á perder más, porque como ella no hay muchas.

—¡Tú no la conoces, Paco; *eso* que tú dices... lo hará otra, ella no; su querer es mío, barra pa donde barriere, y la rabia no mata los caríños; que más mueren de hartos que de hambre. Déjala tú que sufra, que más pensará en mí. ¡Más bonita que nunca la veo yo ahora por tenerla lejos; á los amores le hace más daño la calma que las contrariedades. Te apuesto lo que quieras á que voy una noche á su reja, doy un silbío y sale á la ventana, enfadada ó llorosa, pero sale; la conozco muy bien y por eso la quiero más que á las otras, porque siempre hago de ella lo que quiero. Y eso que esta vez la he visto como nunca; no me quiere torero.

—¡Yo no te recuerdo enfadado con Alegría en la vida, y no faltaba una noche que no te fueras

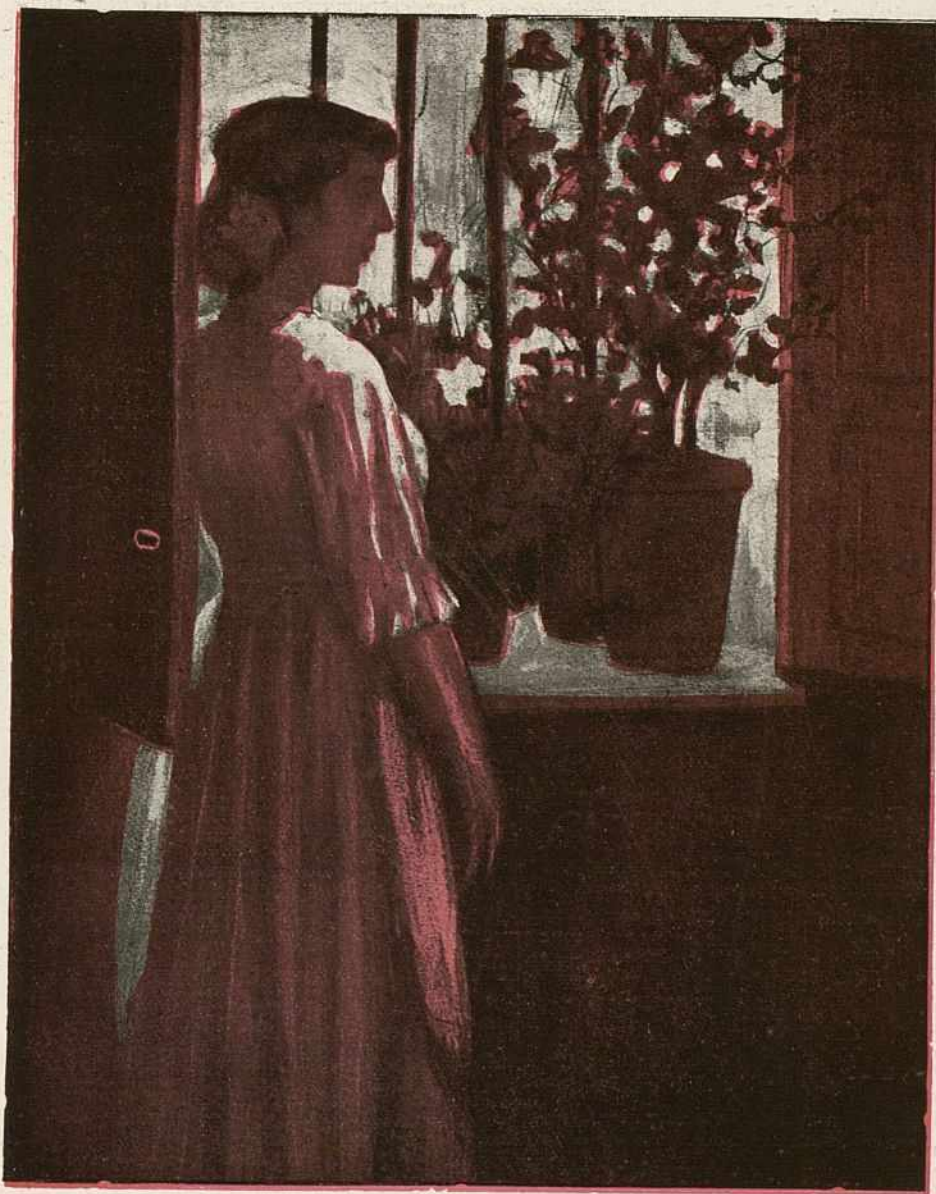


pa allá en busca de tu chiquilla y de su palique, y hasta cuando íbamos de juerga, tenía que ser á otra hora si se quería contar contigo. Y estoy cansao de verte dejar á la misma Aurorilla, la del puesto de la Alameda vieja, que se quedaba rabiando de verte ir, porque, al fin y al cabo, estás liao con ella y es una mujer con todas las cosas muy en su sitio.

Silbaba Luis entre dientes unas marianas, sin hacer gran caso de su amigo y compinche; sa-

en «Europa» discutía con Paco el del estanco, mientras tomaban unos chatos de fresca y aromática manzanilla.

Hervía «Europa» en su alegre populachería de corazón de barriada, donde todas las tiendas, iluminadas y vistosas, arreglan sus escaparates para estímulo de golosos; la del pescado frito, apetitosa y llena de bullanga, con los típicos vendedores de rábanos y bocas, á la puerta, con el alegre voceo de su mercancía; en otra esqui-



cudió la ceniza del cigarro que nevaba su ceñido pantalón y se echó atrás el obscuro cordobés, entrecerró los aterciopelados ojos, bellísimos, soñadores... *hacia cálculos*... sus desdeñosos labios se dilataban soberbios, resistiendo la ausencia del bigote en su pureza de líneas, y su pálido rostro y aguileña nariz de ardientes y movilizas alas subrayaba todos sus gestos; su cuerpo esbelto, indolente, tenía la poesía de la actitud.

Sentado ahora á la puerta de una *bonaquería*

na, la gitana cobriza, de planchado pelo de azabache y colorinescas ropas, con el almibarado rosario de sus parlóteos y el hirviente anafre de sus buñuelos, sin dar descanso á manos ni á lengua, en honor de la parroquia; los colmados perfumando el aire con sus barriles de vino recién abiertos.

Y todo este cuadro, entre luces, humo y gritos, contribuyendo no poco el continuo repiqueo de las campanillas de alarma de los tranvías, que tienen allí cruces y paradas.



—¿Esperamos á los amigos aquí ó nos vamos en ca de Paquiro, donde se va á cantar esta noche por to lo alto, pues está invitao el niño de Marchena?

—No—contestó Luis, como el que no tiene de momento ganas de tomar resoluciones.

—Oye, niño, ¿estás en Belén ó es que estamos como el del cuento, á media correspondencia, que yo pregunto y tú no respondes?

—No seas chinche, hombre, estaba pensando en una historia que me ha contaó Antonio, que le ha pasao á un compadre suyo. Verás el caso: Se ha enamoraó como un tonto perdió de una mujer. Bueno, hasta aquí no hay na, porque lo raro es que se hubiese enamoraó de un hombre; pero verás tú como enreda las cosas el diablo, y tú no vas á saber qué decirme, como yo no supe qué decirle á él, y él no supo qué decir al otro.

—¡Venga ya, chiquillo, que me has picao la curiosidad!

—Pues verás, es una historia que parece un cuento: Va pa un año que mi hombre se fué á Huelva pa no sé qué asunto de vinos; le cogió por allá la *vela* de la Cinta, que es allí muy se-lebrá, y como llevaba dinerillo fresco, pues allá se fué resuelto á correrla.

Echó Luis al aire una bocanada de humo, y después de sacudir el cigarro, continuó:

—Iba mi hombre con dos ó tres amigos char-loteando muy alegre, cuando de pronto dicen que sintió una impresión muy grande que le hizo exclamar: «¡Virgen del Carmen, qué mujer!» La susodicha niña estaba refrescando con otras. Se acercaron ellos, empezaron á reír ellas, y á los pocos momentos estaban tos en amor y compañía, pues parece ser que la criatura era muy querenciosa, aun cuando con sus ojitos de cielo y su pelito rubio parecía que en la vida había roto un plato; pero aunque tenía carita de santa, se traía lo suyo. Bueno, pues mi hom-bre se lia en palique con la nena, se chifla por ella y por allá se queda un par de meses, y por último se la trae pa cá al volverse él, y cádate tú la felicidad á domicilio; pues verás tú, ha pasao en este disfrute de la niña hasta hace unos tres meses; él cada vez más loco por la chiquilla y pareciéndole todo poco pa su Rosi-lla, que así se llama. Pero como parece que las cosas no pueden marchar á derechas mucho tiempo sin que el diablo lo enrede, tuvo él que marchar á Huelva unos días. «¿Y qué, serás buena mientras yo esté fuera?» «¡Qué cosas te se ocurren; con lo que yo te quiero, dudar de mí!» Que la niña hace cuatro pucheros, que él, que es muy celoso, la encarga que no ponga un pie en la calle, y, por último, se marcha, resuel-to á terminar en el menor tiempo posible. Pero ¿á que no te figuras lo que se encuentra á los tres días de estar allí, en el muelle, y con la tranquilidad de la que nada va con ella? Pues á la niña, que se cruza con él y se le queda miran-do tan fresca.

—¡Arrea!—le interrumpió Paco, sin poderse contener—. Y ¿qué hizo él?

—Pues verás tú—siguió Luisillo—, si ahora es cuando viene lo mejor: se armó el alboroto que te puedes figurar. ¿Qué haces tú aquí?, le pregunta él. ¿Y usted qué tiene que ver con-migo?, dice ella. ¿Conque no tengo yo que ver contigo, so... tal? En fin, hijo, pa abreviar: que después del escándalo que era consiguient-te, se puso to en claro: ella no era Rosa, aun-que sí hermana gemela de ella; pero tan ge-mela, que él no se acabó de convencer hasta que no se volvió y se encontró con la suya en casa y le contó todo el jaleo, y la otra le ense-ñó un retrato en el que estaban juntas. Y des-de entonces no es feliz mi hombre, pues aun cuando tiene á Rosa, le falta Amparo, y tiene celos de que aquélla bese con una boca igual á la de su chiquilla. Y to esto porque á la señá mamá de ellas le dió la ocurrencia de hacer dos ejemplares de la misma mujer. Por evitar todo esto, Rosilla no le habló antes de su her-manita; pero cuando más tranquilos estaban tiró el diablo de la manta.

—Pues nó sé yo tampoco qué te diga, Luis, pórque, ¡camará con el lío!

—¿Conque te ha gustao la historia, Paqui-lló? A ver qué me pagas por ella, porque toda enterita te la he traío de Belén, donde me la contaron para ti los pastores. Conque si no quieres na, me voy pa casa, que ya es hora de que vengan los otros y te dejo con ellos.

—Pero ¿de veras no es verdad to lo que me has contaó, Luis?—interrogó Paco, con la más asombrada cara del mundo.

—¡Ca, hombre; si es que estoy haciendo en-sayos pa novelista!...

Y se marchó, riéndose del otro, que quedaba haciéndose cruces.

## AMOR

Este querer que te tengo  
ha de causar mi ruina  
y ha de causar mi tormento.

## V

Estuvo Alegría toda la tarde haciéndolo todo como sonámbula. Luis torearía en aquella se-mana, y el calendario estaba en jueves.

Supo la noticia en la calle aquella mañana. ¿Quién se la dijo? Una amiga. ¡A quién le fal-ta una amiga que le dé una mala nueva! Cruzaba ella por la calle de San Fernando, y salía la otra de la Fábrica de Tabacos. ¿Sa-brás ya eso? Eso... era aquello, lo terrible, lo grande, lo inevitable. Se despidieron, y siguió para su casa. ¿Qué camino trajo? Fué siempre un misterio para ella. Andaba maquinalmente, evitando los obstáculos, sintiendo los ruidos, ajena á todo y como si fuera en una nube. Cuando le vió su abuela llegar en tal estado,



se alarmó creyéndola enferma. No, no tenía nada. Calló la noticia que, como puñalada lenta, la iba quitando la vida. Lo supo luego todo la señá Pastora por el señor Juan Luis. ¿También tú estás malo? Aquél lo refirió todo. En aquella semana era lo que tanto se temía; inútil todos sus esfuerzos, todas las súplicas de él, de su tío; los ojos del viejo se fijaban en Alegría, que no decía nada.

No se habló más en aquella triste velada.



Y ahora estaba ella ante su Virgen de los Dolores, sin discurrir, sin pensar en rebelión, sin una súplica, como ángel caído que nada espera de nadie ni de nada. Sentíase vacía, sin lágrimas; veía como dos grandes gotas en el rostro de la Virgen. ¿Lloraría por ella? Sus ojos, los suyos, agrandados, sombríos, no lloraban.

Pero, Dios divino, lo que á ella le pasaba, ¿qué era? Ni aun se daba cuenta de si sufría; la dejó imbécil la pena; sacudió fuertemente la cabeza, tan fuertemente que se desprendieron sus cabellos mal sujetos; estaba bellísima más que nunca; la obscura cascada de rizados la envolvía, su cuerpo, de líneas justas y armónicas, tenía el encanto del gesto, como el de las grandes ac-

trices en los desenlaces de tragedia; su figura, en un marco, hubiera valido una primera medalla; por su actitud, parecía suspendida en el espacio, en sí misma, fuera del mundo real, ajena á todo; sus inmensos ojos, fijos y sin mirada, rodeados de azuladas sombras; sus labios, entreabiertos en roto suspiro, enseñando el agudo marfil de sus dientes; indescriptible el gesto de esta boca, pues se veía en ella el alma que faltaba en los ojos; las cejas, de correcto dibujo, endureciendo la expresión del rostro con su contracción ligera, contracción que no llegaba al fruncimiento. ¡Oh, divino Leonardo, que nos dejaste el enigma de nuestra alma en tu inmortal Monna Lisa! ¿Cómo no resucitaste para pintar el trágico poema de esa bella mujer?

Sonaron doce lentas campanadas. ¿Qué mágico poder hizo llegar al mármol de la estatua el triste son de todas las leyendas? ¿Qué brujo reloj obró el milagro de reanimarla en la hora del misterio y del amor? Violenta sacudida volvió el cuerpo á realidades y el alma á la actualidad del momento.

Volvió el rostro á la vida y perdieron los ojos la vaguedad del ensueño. Sonaban pasos en la calle, oprimía ella el corazón atenta al ruido temiendo que el latido de su sangre la impidiese oír; no, imposible la duda ante el conocido pisar; un silbido rasgó el aire... él; dió el grito su ser, no sus labios; corrió á la alcoba y abrió la ventana.

—¿Tú?

La candente mirada de los inmensos ojos le envolvieron, le absorbieron, le acarició el alma.

Quedóse contemplando á la divina maga, más divina en su locura.

La luz de los faroles daba á su rostro movilizadas sombras, alucinante claroscuro. La cara de él quedaba en más uniformidad de colorido, vuelto de espalda á la calle y á la luz.

Mirábanse fijos, en ansia ella; en contemplación, él. Rompió al fin el silencio la voz de ella, como de sonámbula.

—¿Qué me quieres, qué buscas?

—¡Verte, decirte, cuando menos, adiós, antes de torear; me parecía de mal agüero no rezar una salve á la Virgen y no llevar un beso tuyo á la plaza, pa que los toros me respeten y se digan: ¡Este está sagrado, lleva el beso de su virgen en los labios! To eso quería: verte pa sentirte mía, pa defender mi vida, pa decirme tuyo y repetirte que te quiero como siempre, más que siempre, como nunca.

—¿Sí? Que... que me quieres tanto que me matas, que me quieres de tal manera... que me haces sufrir todas las agonías del alma, que pisoteas mi cariño, que no atiendes á mis súplicas cuando te pedí con lágrimas, por la gloria de tu madre y por el querer mío que no toreases..., y toreas, y vienes á decírmelo tú mismo; todo ese es tu cariño, ¿verdad?, y ahora mismo lo veo claro, ¡te conozco tan bien!, no me atien-



des, por mirarme te gusto, eso es todo... La voz de Alegría era amarga.

—¿Pero de dónde sacas tú todo eso, chiquilla? ¿Estás loca? Si no te quisiese estaría aquí; gusto, dices, como en desprecio; bueno, ¡y qué! gusto sí, pero por ti. Si no me tirase algo más hondo, ¿hubiese vuelto después de tu desplante? ¿No hay más mujeres bonitas que tú? Conoces mi genio, y si mi misma madre en persona volviese á la vida y me dijese como tú me dijiste tal cosa, ó yo... dejaría á mi madre, porque habría una cosa, fuese la que fuese, por la cual podría ella prescindir de mí; tú has tenido la culpa; yo creía que tu querer y tu persona eran míos, aunque robase, aunque pusiese bombas, y tú no sabes, Alegría, la pena que me dieron tus palabras; hablaste como una extraña, esto, ó lo otro; por eso me fui; disimulé cuando lo dijiste, pero no volví; algo se me había roto dentro, muy adentro. ¿Eras tú, mi Alegría, la que encontraba una causa á la desunión nuestra? Mucho he cavilao antes de venir, porque me decía yo: ¿A qué vas, Luisillo, si no te quieren?

—¡Mira, Luis, cállate; no sigas, es mejor! ¡Creía yo que no había un mayor sufrir del que ya tenía, y aún remachas el clavo! Calla, porque voy á tener que creerte malo, peor que los que matan y que los que asesinan. De modo que soy yo la culpable de todo, de nuestra riña, de tu peligro, por mi intemperancia, y tú el mártir, el que quiere y duda de ser querido. ¡Todo esto me parece un sueño, una pesadilla!—dijo, sacudiendo los rizos que caían á su cara—. Luis, Luis, no me martirices, tenme lástima, no puedo más, voy á creer que me odias!...

—¿Que te odio yo, mi alma? ¿Pero no ves que no puedo vivir sin ti, no ves que vuelvo aquí á que me mates, á que me pegues, á que hagas lo que quieras de mí? Todo menos dejarte... Si todo lo que tuve han sido dudas de que no me quisieras; si he sufrido tanto como puedas haber sufrido tú.

—¿Dudas tú de mí, de tu Alegría? Luis, ¿estás loco, ó quieres volverme loca? ¡Júrame por tu sangre que no es verdad, que crees en mi cariño, que crees en mí... como en Dios!

No sigáis leyendo, almas hipócritas ó asustadizas, porque tengo que deciros, para no faltar á la verdad de los hechos, que las últimas palabras de Alegría murieron en los labios de Luis, y que los brazos de éste estrecharon más que contra sí, contra los hierros de la ventana, el flexible cuerpo de ella, y que los brazos de ésta enlazáronse al cuello de él.

Tenía Luis la cabeza de Alegría entre sus manos y hablaba mirándola en los ojos:

—¡Oye! Aún queda un medio para que todo se arregle: mi completa confianza en ti, la seguridad plena de que tu cariño no retrocede ante nada, ante nada, en que no peligre tu vida, Luis.

—Piensa bien lo que prometes, Alegría, pues lo que yo te doy en cambio, es muy grande,

es ponerme en ridículo, es pasar por cobarde, es... que se rían de mí hasta los chicos, porque creerán que tuve miedo; mira, mi alma, que me voy á jugar por ti mi honra de hombre; voy á desistir de ser torero por ti, aunque se ría de mí el mundo; pero todo esto tiene un precio: que pagues por mi vida, á la que salvas del peligro, con tu honra; mi vida, por tu cuerpo, mía sin dilación, sin espera, sin que te autorice nada ni nadie más que tu cariño.

Se alzó Alegría, pálida, muda, contraída; en sus ojos, en que vivía el espanto, había una súplica al corazón de él.

Estaba Luis frío, trágico, inmovible.

Habló, al cabo:

—Mira que la duda de ti me tira á esa plaza, que tanto temes. ¡Abreme, te quiero, te necesito!

—¡Espera, por Dios! Estoy loca, me vuelvo loca; no sé lo que me pasa ni lo que digo; me asustas, Luis; me das miedo.

Se pasaba las pálidas manos por la sudorosa frente; en sus pupilas brillaba la fiebre.

—Bien, esperaré; no quiero que hagas las cosas sin darte cuenta, sin saber lo que haces; no tendría mérito. Mañana, á las doce de la noche, estaré en la puerta del huerto; si da la media, y no abres, el domingo salgo á la plaza. Adiós, Alegría; tu corazón resolverá. Hasta mañana.

Los lentos y firmes pasos se perdieron en el silencio de la noche.

Cuando Alegría se dió cuenta de la situación, estaba sola; nada se oía ya. En sus oídos vibraban las últimas frases, que, como sentencia, sonaban en su alma.

¿Qué hacer? Quedaba siquiera la posibilidad de la duda; ante la vida de un hombre, pendiente de una determinación suya; ante una sangre que podría caer sobre su conciencia, gritándola toda la vida: ¡cobarde, cobarde y egoísta! No, imposible el vacilar, y aun menos tratándose de un peligro de su Luis, por el que ella daría su vida; se la pedía sólo la inmediata realización de sus sueños... La misma voz que antes la gritaba: ¡cobarde, cobarde, egoísta!, advertíala ahora: á la mujer, amor; loca... loca... ciega.

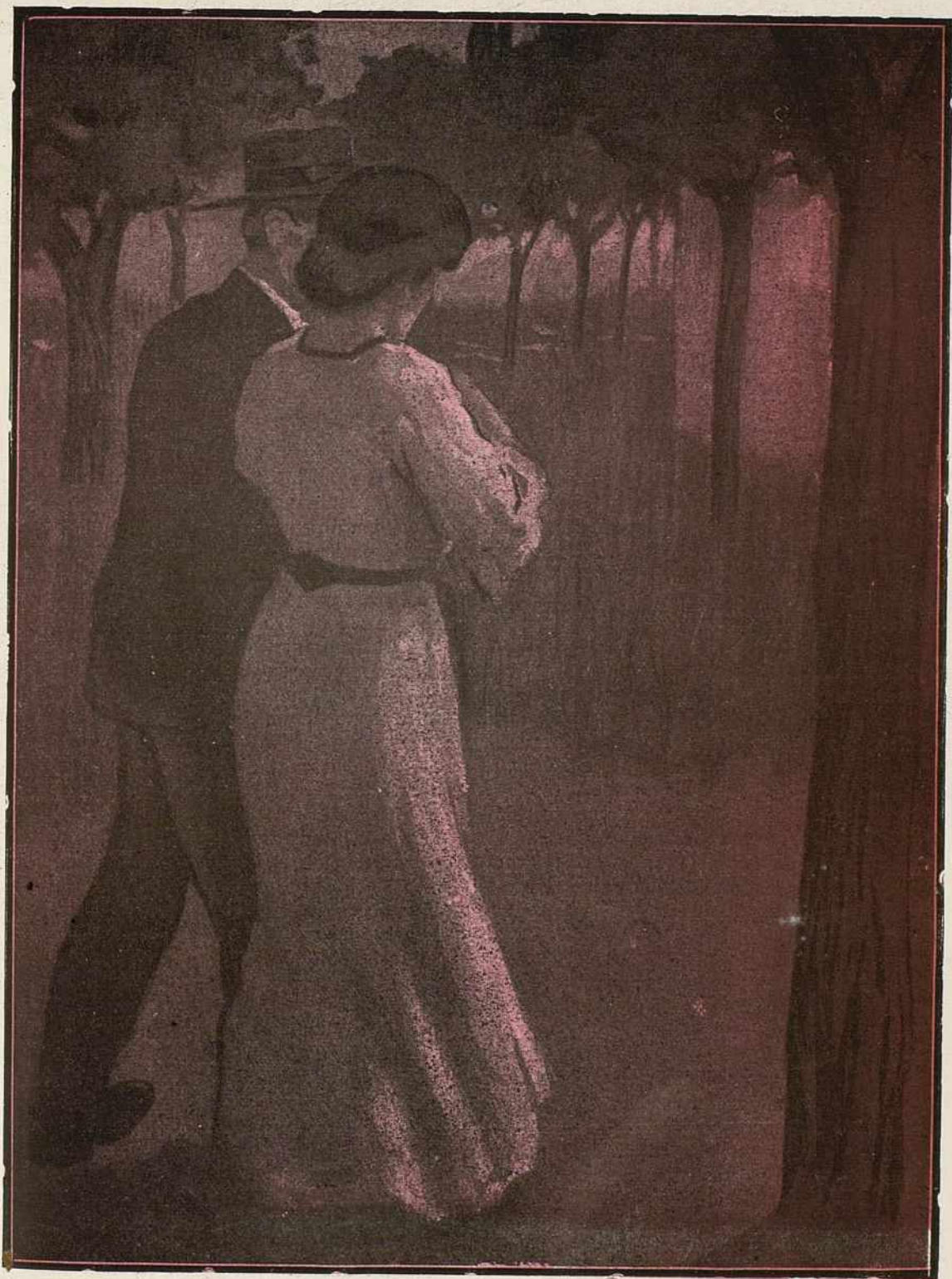
¿Qué hacer, gran Dios? Cerró la ventana y corrió á su Virgen de los Dolores, que la contemplaba con la impavidez de la indiferencia, con sus dos eternas lágrimas y sus siete puñales de plata clavados en el pecho.

—¡Madre mía! Tú, que ves mi alma, perdóname lo que quizá los hombres no me perdonarán nunca. ¡No sé si está bien hecho lo que pienso hacer; pero no tengo valor para jugar su vida, puesta en mis manos!

La gran entrega, la del alma, estaba hecha; la otra... ¿era ya tan fácil?

Se alzó con la calma de las grandes determinaciones; necesitaba descansar, estar firme para que sus manos no temblaran al abrir una





puerta, que era el indulto de una vida, sostén de un viejo.

#### FLORES Y BESOS

Todas las personas tienen  
un sí que rompe su vida  
y un no que causa su muerte.

#### VI

Amaneció la mañana del 12 de Junio, espléndida, hermosísima, como si Dios quisiera ha-

cer olvidar en esplendores el egoísmo de sus criaturas.

Las campanas de la iglesia de San Lorenzo escribían madrigales en el aire con su dulce encanto de leyenda: tan, tan, tan, que puede traducirse en un ven, ven, ven, hecho costumbre por veinte siglos de práctica.

Los monacillos abrían las puertas de la reciente aseada iglesia. En sus ojos, aún engu-



sueño, lo que aseguraban sus bocas con sus largos hostezos.

Empezáronse á llenar las puertas del templo con los pobres que piden ó venden rosarios, estampitas de santos y oraciones impresas.

Los concurrentes á estas primeras misas eran, en su mayor parte, viejas devotas, con premuras y temores de su cercano fin ó de su pasada vida. ¡Pero no deduzcamos el *porqué* de las cosas! ¡Es tan alegre no deducir nada!

Una de las más asiduas al templo en estas horas de la mañana era la señá Pastora; despertáronla todos los días de su vida el primer toque de misa de San Lorenzo, y para allá se encaminaba: Tocaba el decirla al padre yo no sé cuántos (que no estoy muy fuerte en esto); pero sabedora ella de que el santo varón despachaba en un periquete, se prometía rezar una parte de rosario después.

Echó un perro en el cepillo de las ánimas, substituto de la moneda de dos cuartos que, con mucha más desarrugada mano, depositara en tiempos, y se santiguó devota. Solamente los domingos ó fiestas de gran repique acompañábala su nieta, pues hay que ir con el siglo, y cada tiempo trae lo suyo, como pensaba nuestra doña Pastora muy razonablemente.

Se encaminó después de terminada la misa, rosario en mano, á la capilla del Cristo del Gran Poder; en el altar del fondo aparecía la admirable imagen, ante la cual se arrodilló. Ella quería pedir por su nieta, por su pobre Alegría.

Quedaba á los lados del Nazareno de riquísima túnica de morado terciopelo, recamado de oro, la Virgen y San Juan, los que le acompañan en los pasos, en Semana Santa. No menos recamados en oro los trajes de éstos que los de Jesús.

Dejémosla y respetemos el rezo que, ante el Cristo de Martínez Montañés, cuyo mayor milagro es el ser un prodigio de arte, sale del corazón de Pastora.

Cuando entró, de vuelta ya, y terminadas las oraciones de su casa, reinaba en su conciencia la calma, y la paz en su espíritu del que cree cumplidos sus deberes.

Vió trajinando ya á su nieta, algo pálida pero tranquila; no dejó de extrañarle esto. ¿Habría Dios oído sus plegarias?

Estaba Alegría fresca y limpia, con ese sano color de la carne joven, recientemente lavada, despeinado el hermoso cabello y recogido de cualquier modo, como á la que le apremia el quehacer y no le da el tiempo al aliño de su persona.

Regaba las flores cortadas para que resistieran los rayos solares, próximos á caer sobre ellas; envolvía á la cuidadosa el tibio ambiente impregnado del perfume de flores y frutos y de ese rico olor de tierra mojada, únicamente comparable al del mar.

Aspiraba Alegría con grato placer que se le

entraba pulmón adentro, las emanaciones de la tierra húmeda y de frutos en sazón. El limpio cielo de añil sin una nube, coronaba el huerto como techo de encanto; los pregones de la calle alegraban el oído, y el encantador optimismo bailaba un himno triunfal en el espacio.

La dulzura de la esperanza se fué apoderando de ella. ¿Por qué dudar del porvenir?... ¡Cuesta tan poco el creer cuando se tienen pocos años y en lo que nos rodea ríe la vida con carcajada de flores y de blancas mariposas, que, como el beso, lo llenan todo!... Se elevó su espíritu.

Aleluya á Dios; la vida es buena.  
Aleluya á la tierra, que da el fruto.  
Aleluya al campo, pan del alma.

No daba punto de reposo Alegría para atender á la venta y á los cotidianos vendedores que venían á proveer sus cestos y á cargar sus burros, pacientes compañeros de sus pregoniles paseos, y á los encargos de ramos para altares, pues por ser víspera de San Antonio no daba abasto la de los conventos.

—¡Alegría, hija—dijo, entrando, una morenucha de picaresco rostro y cimbreado cuerpo—; á ver si me preparas dos ramos de azucenas, como tú sabes hacerlo, pa adornar á mi santo!

—¡Vete descuidá, mujer; los tendrás listos pa cuando vuelvas; digo, si no te quieres esperar un rato!

No oyó la otra la palabra esperar, imposible en su genio.

—¡Abuelaaa!—gritó Alegría—. Dígale á Juanillo que deje el riego, que con la noria basta, y que me acarree más flores.

Vino también la abuela al mostrador. El demandadero de las monjas de Santa Clara entró con un canasto para que se le llenase de flores; pero tenían que ser blancas.

No tenía manos la señá Pastora para recoger los cuartos de tanto bendito encargo, como ella decía.

Partió Alegría al huerto á recoger las nevadas flores del encargo; cortando rosas, buscando lirios y claveles, la blanca lluvia caía en su delantal.

Sus meditaciones no eran tan puras como las flores que cortaban sus manos. Las horas de aquel día sonaban en su corazón como un algo extraño y nunca oído. ¡Tristes y solitarias bodas estas que le proporcionaba el destino! ¡Qué distintas las soñó su alma! ¿Por qué la exigió él aquello? Por la primera vez tuvo una repulsa al hombre, al bruto. ¿Merecía su obstinación el sufrimiento de ella? ¿Por qué ver convertido en crimen lo que pudo ser gloria? Deshojó una rosa en un brusco tirón...; echó el puñado de hojas por el descote de la blusa; sintió el húmedo y fresco cos-



quilleo de los pétalos en su carne; se estre-  
meció: parecióronla besos... ¿Por qué esto?  
Ante lo habitual, ¿no era en ella costumbre  
perfumarse con flores y hierbas de olor?

Sintió, acaso, su alma la sensación que á  
la bíblica esposa del *Cantar de los Cantares* la  
hace decir: «Bajé á mi huerto, y heme bañada  
de mirra y perfume...»

Transcurrieron las horas de aquel día. Sola  
ya, en su cuarto; las once: una sola hora falta-  
ba. Acabó de empujarla á lo fatal el señor Juan  
Luis. ¿Quién puede descifrar el sutil giro de las  
de los acontecimientos! Aquella noche llegó ape-  
nado el abuelo; ¡pobre viejo!, no se podía hacer  
nada con Luisillo; su determinación es cosa he-  
cha; el domingo torea, toma la alternativa, y ya  
el lunes deja la imprenta, y se despedirá del re-  
gente, que tantas consideraciones le tuvo siem-  
pre; sólo un milagro podría hacerle desistir—  
continuaba la apenada voz del viejo.

Fué su respuesta lo definitivo, su sentencia.

—¡No se apure usted, abuelo; aún puede la  
Virgen hacer un milagro!...

No pudieron entender ellos, ni aun su abuela  
con su fino instinto de mujer, lo que encerraban  
sus frases; sólo oyeron lo que dijeron sus la-  
bios: «Aún puede la Virgen hacer un milagro...»  
Quedó en su alma el resto; la Virgen, ella; el  
milagro... dejar de serlo...

Sonaron las doce en San Lorenzo. La última  
campanada la empujó al huerto, sin fuerzas  
ya, tras la lucha del día y como muerto que obe-  
dece un mandato en las horas del fantasma y  
la bruja; las estrellas cuajaban el firmamento,  
techo nupcial de sus bodas. Llegó al postigo, y  
con mano serena recorrió el cerrojo...

Se sintió abrazada, estrechada contra el que-  
rido cuerpo que palpita contra el suyo; un  
temblor de placer y espanto la cimbrea toda...  
sin voz ella; sin voz él. La duda de sus ojos fué  
desvanecida en besos; la protesta de sus la-  
bios... muerta en besos... también...

Sonaron en la calle los lentos pasos del sereno,  
que vigilaba por la tranquilidad del vecindario,  
su voz rasgó el aire: «Las doce... han... dado...  
serenooo...

En el huerto, que iluminaban las estrellas,  
susurran las flores dulces historias de amor.

## EL GAZPACHO

*Cuando pasa el huracán  
vuelve el azul á los cielos  
y vuelve la calma al mar.*

### VII

—¡Señá Petra, el gazpacho, pronto, que son  
las ánimas!

—¡Pero, señor Juan Luis, si ya no tocan!

—¡Bueno, pero es la hora en que tocaban...;  
prepara la cena, que Luisillo está al llegar, y  
siempre trae prisa para que nos marchemos pa-  
ya; la querencia, hija, los pocos años, la san-  
gre moza... ¡Dios la bendiga!

—¡A la que debe Dios y la Santísima Pasto-  
ra de bendecir es á Alegría, por traer la tran-  
quilidad á la casa. Misté señó, yo no decía na;  
pero tenía una pena mu grande de que mi niño  
dejase la imprenta, con la que gracias á Dios te-  
nemos para atender á to, y se metiese á torear,  
que aunque ganase mucho en ese oficio, se po-  
día quedar lisiao pa toa su vida; y yo, que como  
el pan de la casa jace mucho tiempo, no me gus-  
taba eso; á más que estoy bregando con él des-  
de chiquetillo, y le he limpiao los mocos mu-  
chas veces. ¡Hijo de mi sangre!... Estoy mu  
alegre, señó, mu alegre. El día que supé que ya  
no toreaba en jamás de la vida, le dí un abrazo  
tan apretao, que aún se está riendo de que me  
quedasen tantas fuerzas.

—¡Pues, mira tú, mujer, qué cosa más rara!  
Alegría, que es la que hizo el milagro con em-  
palmar las relaciones, no está lo contenta que  
debía estar; parece que tiene una cavilación;  
no quiero darme por enterao de esto, porque  
entre novios ¿quién se mete? ¡celillos acaso!,  
no sé. A él le indiqué algo, y se encogió de hom-  
bros y no dijo na.

Sostenían este diálogo en una pequeña casa  
de la calle de la Feria, de la que era propietario  
el señor Juan Luis hacía más de treinta años,  
éste y señá Petra, antigua niñera tomada por él  
para Luisillo cuando se hizo cargo de su sobri-  
no por la marcha de su hermano, del que nunca  
más volvió á saber.

Manipulaba Petra, poniendo un mantel de  
blanquísimo algodón sobre el hule de la camilla  
y sacando los platos de loza de Triana de un  
chintero que, incrustado en una esquina, tenía  
la blanqueada salita que servía de comedor, y  
cuya puerta daba al patio en que se paseaba  
el señor Juan Luis, mirando á la cancela y en  
espera de Luisillo.

Cruzó Petra á la cocina, atravesando el pa-  
tio, y salió al poco de ésta con un pan de Alca-  
lá de los de canto y un lebrillo de floreada y  
pintada loza, también de Triana, con el fres-  
quísimo y aromático gazpacho.

—Güela usted, señó—dijo, plantando el lebril-  
lo ante las narices del señor Juan Luis—; me  
ha salío hoy riquísimo: como le gusta al niño,  
fuertecito.

Entró al poco Luis. Su airosa figura se di-  
bujó en los calados hierros de la cancela, que  
empujó al llegar.

—¡Buenas noches, tío!

—¡Hola, hijo; Dios te guarde! ¿Viste á  
Paco? ¿Cómo sigue su padre?

—Está mejor. Quiso levantarse; pero no lo  
dejaron; parece que se va defendiendo el  
hombre.

—¡Hola, Petra!—dijo entrando en la coci-  
na—. ¿Sabes que hay aquí un olorcillo muy  
rico y que hace hambre?

—Pues gracias á Dios no falta con qué te  
cures ese mal. Tenemos un *casón* en ajo de  
pollo que está diciendo comedme; hoy lo vi en



la plaza y no tenía humo; y como sé que te gusta, lo traje; conque á comer—dijo Petra, llevándose para el comedor y poniendo en medio de la mesa la humeante cazuela del pescado. Se sentaron los tres; partió el pan con su que vino á decírmelo una chiquilla de la vecindad. Nadie nos esperábamos todavía na porque no estaba fuera de cuenta, según ella; y mentira parece que sea el primer parto. ¡Si vieras qué grandoble es el chico! Pa allá



navaja el señor Juan Luis, y el grato olor de la trigüeña miga se unió al del sabroso guiso. La talla, de finísimo barro, rebosaba su agua cristalina y fresca.

Comían con buen apetito, mojando el rubio pan en la salsa, á la que daba un suave verdor el perejil.

—No te he dicho la nueva—dijo Petra, mirando á Luis—. Ya salió mi hermana de su cuidao; esta tarde me llegué en un salto por-

me fui á llevarla una libra de chocolate y una cuarta de bizcochos; pero hemos reñío porque le piensa poner el nombre de su padre, y el que tiene el nombre tan feo no debe ponérselo á nadie, ¿verdad, señor?

—Mira, mujer, eso va en gusto. A mí me escribió mi hermano cuando el nacimiento de éste, y le contesté que no le pusiera Juan, que es mi primer nombre, y por esto se le puso Luis, que es más bonito.



—Pues, misté, señó; el nombre de Juan aún es pasable; pero Roque... Pa cá me vine, después de mandarla al cuerno á ella y á su Roque. ¡Misté que poner eso á una criaturita tan respetuosa!

—Pero, mujer, déjala ya que le ponga al chico lo que le dé la gana; pa eso es su madre—dijo Luis, que hasta entonces sólo se ocupó en comer de prisa, como hombre joven y sano que ha estado trabajando toda la tarde—. Y además—siguió diciendo—, los nombres no tienen que ver ni le hace na; aun llamándose Roque, puede ser luego más bonito que el San Juan de la Palma, y disputárselo las mocitas.

—¡Bueno, hijo; pero ya que los padres no puedan ponerle bonito el palmito, como sería su voluntad, al menos que le pongan el nombre. Si vieras de mocita qué rabias he pasao yo por llamarme Petra.

Terminaron á esto las últimas cucharadas del gazpacho, y se levantó Luis de la mesa con un buche de agua en la boca, que tiró al patio, después de enjuagarse; repitió esta operación dos ó tres veces, lo que hizo decir al señor Juan Luis, con sorna, dirigiéndose á Petra:

—¡Mira, hija, no echas ajos en el gazpacho, porque á éste no le gusta el tufillo!...

—¡Tiene razón el chiquillo; déjele usted, señor Juan Luis, déjele usted que se enjuague!

Cogieron tío y sobrino los sombreros, encendieron los cigarros y se marcharon para San Lorenzo, á recoger á la señá Pastora y Alegría para dar una vuelta hasta la plaza Nueva y comer unos higos chumbos.

## ¡AL FIN!

Es muchas veces más noble  
el dar una puñalada  
que algunas contestaciones.

## VIII

Han pasado tres meses desde aquel 12 de Junio memorable para Alegría. Los vecinos del huerto del Naranjo sienten por las caídas de la tarde el reanudado guitarreo de Luisillo, que dejó por los amores de Alegría su afición al toreo, y su coleta; que desde la noche del 12 de Junio guardaba aquélla en un relicario al cuello en garantía de la salvada vida de su Luis, nadie supo, más que ellos y las estrellas, con lo que aquello se pagó y aún seguía pagándose.

La noche que los presento de nuevo punteaba Luis en la guitarra, recostado en el mostradorcillo de madera del huerto, en que también se apoyaba la silla de Alegría; la señá Pastora y el señor Juan Luis estaban no lejos, sentados á la entrada del huerto.

Acababa Luisillo de cantar unos tientos, que escuchaba Alegría con los ojos entrecerrados... No gustaban mucho los viejos del cante éste,

que no era el de sus tiempos, el clásico, por lo que le dijo al cabo su tío:

—¡Deja ya eso, hombre, y cántate una jave-ras ó unas soleares, como quieras!

Cambió el tono de la guitarra Luisillo, bajó la cejilla, y el rasgueo querencioso, ardiente é insustituible de las soleares, vibró en el aire.

Cantó él la siguiente copla, fijando en Alegría el irresistible encanto de sus africanos ojos:

Te quiero por rebonita,  
porque tienes una cara...  
como la Virgen bendita.

—Anda, tú, Alegría; ya te he dao la voz; está en tono pa ti. Yo he tenido que cantar de falsete.

Miró ella intensamente á Luis, y le dirigió con los ojos la copla:

A aquel que corta una flor...  
si no ha de darle su vida  
no tiene perdón de Dios...

La divina voz causaba un escalofrío en el alma. No quiso cantar más: no tenía ganas; no se encontraba bien.

—Habrá cogio algún frío—dijo su abuela—. Por San Miguel refresca el tiempo, y á ella le gusta andar siempre con muy poca ropa.

Se despidieron al poco el tío y el sobrino; despidióse éste, en voz baja y mimosa, de la chiquilla:

—Adiós, morucha; hasta luego. Verás cómo te curo yo to los males... toitos...

Giró rápido ante la posibilidad de un *no*. Marchó de prisa á incorporarse á su tío, que ya iba por la calle.

—¡Adiós, abuela; hasta mañana!

—¡Vete con Dios, hijo!

Sentada Alegría en un banco cercano al postigo, esperaba á Luis. La frescura del tiempo iba matando las flores; quedaban sólo los nardos, las arboleras, las dalias; se oía algún que otro tardío grillo.

Aspiraba ella distraidamente los nardos que prendió en su pecho; vivía en sus recuerdos, atraída de cuanto la rodeaba, y como si su alma volara fuera de su cuerpo.

¡Tres meses desde que ocurrió *aquello*! ¡Tres meses desde aquella víspera de San Antonio! ¡Cuánto tiempo ya desde que fué de él, de su Luis, de su alma! Quisole *más* desde entonces. Imposible de explicarse este *más* antes de que hubiera ocurrido *aquello*. ¡Qué cosa, Dios divino! Parecía mentira que estos cambios pasasen sin que cambiase nada en su apariencia, siendo tan otra... ¡Con qué mezcla de orgullo y miedo miraba á las gentes: creía que iban á leer en sus ojos el grito de su alma: *es mío... tan mío* como puede serlo un hombre de una



mujer! Y temblaba luego de lo que el mundo pensaría de ella, de su entrega sin la garantía de un contrato. A esta impremeditación se llama en el mundo *deshonra*.

Todo esto terminaría pronto, pues ellos eran libres y se casarían. Verdad que no se habló nada de esto aún. ¡Pero quién era capaz de pensar en nada cuando se encontraban solos en estas entrevistas! ¡Cómo iban sus bocas á perder el tiempo en algo que no fuera besarse! ¡Mio, mio, mio!, rezaban sus labios, evocadores del placer...

Reaccionó en ella la piadosa; en su pecho, la raza del fanático pueblo andaluz; y cruzando sus manos, elevó los ojos al cielo, buscando entre las estrellas á su divina madre.

—¡Virgen, Virgen de mi alma, no tengas celos de mi querer á ese hombre; yo te prometo que esta noche he de pedirle que termine esto, y que ante tu altar un cura bendiga nuestros amores; suya para siempre y sin que tenga que avergonzarme de su cariño; con derecho á quererle y sin temor de que nadie me lo quite... Y sin otro temor muy grande, que ahora haría subir rubores á mi cara, y entonces sería mi mayor gloria!

Sintió los pasos de él en la calle, y un leve silbido, la señal convenida de que no pasaba nadie y podía abrir.

Ya en el cuarto de ella, suspiró él, satisfecho.

—¡Gracias á Dios que me puedo comer á besos esta cara, que es sólo mía! ¿Verdad, mi vida, mi alma..., gitana..., santita..., morucha..., negra?

—¡Déjame ya, loco! Tenemos que hablar—dijo ella, soltándose de sus brazos.

—¿Pues qué estoy haciendo yo desde que entré, chiquilla? ¡Qué apuro, creí que no se acostaba mi tío en toda la noche, y como no quiero que se entere que salgo...!

Tiró el sombrero sobre una silla, y cogiendo por el talle á la chiquilla, la sentó en sus rodillas.

—Oyeme, Luis mio—dijo Alegría, despeinando con sus manos los cabellos de él.

—¿Te gusto así más, negra?—interrogó él con pícaro gesto.

—¡Cállate y óyeme!—dijo ella, buscando sus ojos—. Todo esto que hacemos está mal hecho, y no debe seguir así. Yo esperaba que fueras tú el que primero hablase...; pero ya van tres meses... y no dices na. Tú sabes el por qué hice yo esto: por arrancarte aquella maldecía coleta que desde el 12 de Junio guardo sobre mi corazón.

Iba la cara de Luis tornándose seria, y como

contrariado del giro que tomaba la conversación.

—¿Tienes alguna novedad, chiquilla?—preguntó intranquilo.

—¡No, tonto! —dijo Alegría, poniéndose roja—; pero lo que aún no ha pasado puede ocurrir el mejor día, y ya ves qué vergüenza pa mí, pa todos.

—¡Bah, mujer; quién piensa en eso!—dijo él con frívolo acento.

—Pero oye, Luis—dijo ella, dolida ya de la frialdad con que él trataba el asunto—; ¿pero es que tú te piensas que esto va á continuar así? ¿Es que tú te crees que yo soy una mujer á la que no debes na?

—¡Mira, Alegría; no te pongas tonta, porque ya conoces mi genio y no vas á ganar nada por ahí!

Habló en Alegría todo el orgullo al verse tratada así.

—¡Eso es; tire usted por un hombre su honra á la calle, y no se atreva usted luego ni aun á hablarle... Pero si es que no te conozco, si es que, sin duda, estoy soñando ó estoy loca.

Pasó Alegría las manos por los ojos, como la que quiere desprenderse de algo penoso.

—Eso es; ponte ahora en trágico para aca- barme de fastidiar; sabes que, aunque luego lo sienta, pierdo la paciència muy pronto.

—¡No, Luis!—dijo ya la otra en desgarrador acento—. Y como lo que de pronto *ve claro* es que no me quieres, que no me quisiste acaso nunca, ¡oh, loca; loca de mí!

—Pues bien, piensa lo que quieras—dijo él, perdida la calma—; alguna vez tenía que ser; tú lo has provocao todo.

Al fin habló en él *el hombre*, el que no se entera que hiere y hiere, el que no se entera que mata y mata.

Se alzó ella como loca, y de un tirón se arrancó del cuello la cadenilla de que pendía el medallón que tan caro pagaba y lo arrojó de sí con ira.

—Pues bien—dijo ya el hombre fuera de sí (la más sangrienta frase que se puede soñar)—. Esto—dijo, recogiendo el medallón— tiene la culpa de todo. ¿No ves, *mujer*, que tú, al cortarme la coleta, me hiciste tomar mucho miedo á los CUERNOS?...

Recibió Alegría en el corazón el insulto; buscaron sus brazos en el aire algo... que en ella se rompía... y su hermoso cuerpo cayó en tierra...

Una voz rasgó el silencio de la noche:

—¡La... una... ha... dado... y serenooo!

Aún se oyó repetir:

—¡Y... serenooo!

*Gloria de la Prada*



# Sombreros Brave

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Montera, 6

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

## EL AJUAR DE CASA

53, San Bernardo, 53

Casa Central: Pez, núm. 20.—Teléfono 2.588

Braseros de latón, desde 9 pesetas, completos.  
Juegos de portieras, latón, desde 5.  
Calentapiés de todas clases.  
Alzapaños, Varillas para visillos al'ombres.  
Baterías de cocina extranjeras.  
Jaulas y plumeros.

25 por 100 comprando en estas Casas

## Cayetano Fernández

Recibe en México **El Cuento Semanal** y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

## ROSA DE ORO

PERFUMERIA Y PELUQUERIA DE SEÑORAS  
DE ANTONIO MARTÍNEZ

Últimas novedades en peinados y postizos de París, pelucas de época y fantasía. Polvos finisimos IDEAL BELLEZA, muy adherentes, última creación.—DOS PESETAS caja  
JACOMETREZO, 3 Y 5.—MADRID

GRANDES TALLERES DE  
ENCUADERNACIÓN DE

## JOSÉ YAGÜES

8, Calle del Nuncio, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros, rayados, etc. Especialidad en encuadernación de Revistas ilustradas

## REGALO DE TAPAS

PARA ENCUADERNAR LA COLECCIÓN DE  
**EL CUENTO SEMANAL**

Siguiendo la costumbre establecida en años anteriores, á todos los que se suscriban durante el mes de Diciembre, por un año, á esta Revista, se les regalarán unas magníficas tapas de cuero con incrustaciones y relieves en oro, para encuadernar la colección de 1911.

Las suscripciones deben hacerse directamente á esta Administración,  
**Fuencarral, 90, Madrid.**

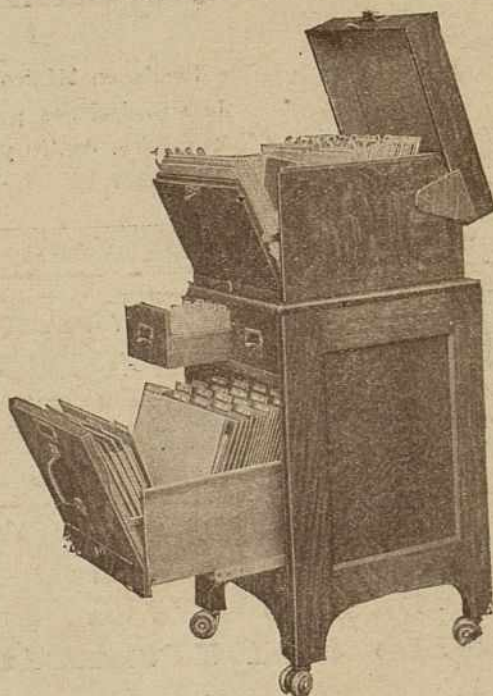


# ARCHIVADORES AUTOMATICOS

## AMERICANOS

(De la Automatic File Index C.º)

Construidos con cinco hojas de roble y á propósito para todos los climas



Acaba de publicarse el catálogo ilustrado con numerosos grabados de los diversos modelos de muebles para oficinas, carpetas, fichas, etc. Previa envío de 0,30 para certificado, lo remite gratis á cuantos lo soliciten, la

## CASA ASIN

Calle de Preciados, núm. 23.-MADRID